

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

ELECCIÓN DEL PAPA BENEDICTO XVI

Tedeum por el papa Benedicto XVI

26 de abril de 2005

Estamos aquí, hermanos, como Iglesia de Valladolid para dar gracias y orar por la persona del nuevo papa Benedicto XVI como obispo de Roma y Pastor universal. Por ello nuestra asamblea litúrgica en la Catedral ha cantado el himno *Te Deum* y está orando en la tarde/noche con la oración típica de la Iglesia al acabar la luz: las Vísperas.

Dar gracias y orar. ¿Por qué? Hay suficientes razones para ambas cosas. En estos momentos debemos dar gracias por aquél en el que hoy vive Pedro, el papa Benedicto XVI, después de haber orado juntos tras la muerte y sepultura del papa Juan Pablo II, que tantos ejemplos nos ha dejado para seguir a Jesucristo. Hemos escuchado además el texto de Jn 21, un capítulo que tiene ciertamente un valor eclesial, que interesa a cualquier cristiano. El pasaje leído no solamente nos narra un episodio (el encuentro del Resucitado con algunos de los apóstoles), sino que refleja la situación de la Iglesia, mostrando el típico problema eclesial: cómo la presencia del Verbo encarnado sigue manifestándose específicamente en la vida de la Iglesia y sus comunidades. El discípulo amado, pues, nos da también el sentido de esta manifestación de Cristo: El Señor está cerca en las pruebas, en los momentos felices, *pero siempre en la comunidad unida*.

Sin duda que esa comunidad de discípulos de Jesús, con Pedro a la cabeza, está tocada. El desánimo de los que Jesús ha llamado le sugería a cada uno dedicarse a sus propios quehaceres, buscando cada uno

por el Señor para su Iglesia, como uno de los frutos de la Encarnación de Cristo. El Señor quiso y quiere que su obra entre los hombres continúe en la Iglesia aún en el aspecto exterior, que a muchos les parecerá meramente organizativo y cambiante, pero que en realidad es una prolongación de su modo de ser entre los hombres y mujeres. Quien ama a Pedro, pues, y lo comprende como un don del Señor, dando gracias, interpreta rectamente, con libertad de espíritu, el sentido de sus intervenciones en la Iglesia, y ve en ellas cómo se promocionan la caridad, y obedece con amor.

Tercero: La misión de Pedro lleva consigo pruebas y la suprema es el martirio. Por eso la consecuencia es que la comunidad cristiana que escuche este pasaje del cuarto evangelio no puede abandonar a Pedro en sus dificultades. Hay que permanecer con él, como dice Hch 12,5: «*La Iglesia oraba intensamente por él*». Esta profunda solidaridad de oraciones y de ánimos es un signo de fidelidad de la Iglesia a los modos escogidos por Jesús para su presencia en el mundo.

Pero hemos visto, leído y escuchado en estos días críticas muy fuertes en contra de la elección de Benedicto XVI. ¿Cómo dar gracias por él al Señor? No me extraña que algunos os hagáis estas preguntas: era previsible esa crítica de parte del mal llamado ambiente progresista y en realidad anclado en cierto fundamentalismo de otro tipo. En muchos casos, en efecto, la crítica no pasa de ser un montón de tópicos que le hacen a uno sonrojarse. Muchas críticas se basan, además, en una burda caricatura de los que presumen de dialogantes y tolerantes.

Otras se caracterizan por una total falta de conocimiento de lo que es un credo religioso, como si éstos necesitaran una revisión constante, una constante "aclimatación" a cada época. Como afirmaba un escritor católico: «*A nadie se le ocurriría afirmar que tal o cual sistema filosófico merece crédito en verano, pero no en invierno; o que tal teoría cósmica es verosímil al mediodía, pero no a la medianoche. Un credo religioso no puede depender de las veleidades de cada época; lo cual no quiere decir que no deba esforzarse por atender las preguntas que cada época le dirige*» (J. Manuel de Prada, diario ABC, 22-4-2005, p. 48). ¿No será que esas críticas sin matices, feroces y desproporcionadas, inquisitoriales que, a modo de "saludo", le han dirigido al nuevo Papa, son en realidad la mejor prueba de la validez de su elección?

Las palabras del papa Benedicto son, por el contrario, muy distintas: «*Plenamente consciente, por*

la verdadera fe, sino para que acoja el Evangelio, participe gratuitamente en la comunión abierta por Cristo y dé testimonio suyo con la gracia del Espíritu Santo.

Todo lo cual nada tiene que ver con no valorar su papel importantísimo en la Iglesia de Dios. Si lo que ofende y molesta del pensamiento de Benedicto XVI es que parte de la convicción de que para él el mensaje cristiano representa la verdad, una verdad no anquilosada, sino sometida a continua búsqueda, ¿qué diremos? Que Dios sea bendito, porque su fortaleza la necesitamos en una época que no concibe la posibilidad de una verdad, ni la convicción moral en los negocios, ni en las relaciones humanas, ni en la ciencia ni en la política. Por eso os invito a orar, para que el Papa mantenga su libertad bendita y ésta no se arrodille, desarmada y náufraga, sometida al vaivén de las modas, de modo que fuera nuestro Papa incapaz de remar contra corriente.

Nos lo ha pedido explícitamente él mismo, en la homilía del domingo, cuando comenzó su ministerio como obispo de Roma y Pastor universal: *«Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? Todos vosotros, queridos amigos, acabáis de invocar a toda la muchedumbre de los santos (...): no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza (...) Sí, la Iglesia está viva; esta es la maravillosa experiencia de estos días (...) Ella lleva en sí misma el futuro del mundo (...). La Iglesia esta viva; está viva porque Cristo está vivo, porque Él ha resucitado verdaderamente».*

Eso haremos, queridos hermanos; orar por nuestro Santo Padre el papa Benedicto, pedir por él, por su persona, por luchas que son la nuestras, sus alegrías y sus penas, que son las nuestras. Oraremos ahora con la Señora, la Madre de nuestro Maestro; lo haremos con el *Magnificat*, la oración de los verdaderamente pobres, mientras incensamos el altar, que es Cristo, y con las preces de esta preciosa oración de Vísperas por el ministerio de nuestro querido papa Benedicto XVI.

† Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Valladolid